

EL TIRO DE GRACIA
Faloria trágica escenificada

Personajes	Liberata la mendiga Fosias el sepulturero Chío, aprendiz de sepulturero El Cabo El Teniente El Hombre El niño
Coordinadores	La Luna El Ciprés El Coro

En esta peripecia escénica –friso tallado por rudo picapedrero– es fundamental tener presente la manera de hacer del teatro antiguo. En el Senado de las Ciencias y las Artes liberales, tiene el Teatro el privilegio de los dos escaños, que ocupan Melpómene y Talía. Procure el actor sacar el mayor fruto de este privilegio, no postergando en la presente farsa una máscara por otra, sino haciendo oportuno uso de cada una de ellas.

EL RELOJ
Las 5 de la mañana

EL CALENDARIO
Junio, 23; viernes

¿Caracas? ¿Bogotá? ¿Santo Domingo? ¿Taiuan? ¿Nigeria? ¿Chipre? No precisemos. Inventemos más bien una isla en el Mediterráneo. Pero, ¡por favor!, que ningún país se dé por aludido, ya que en cualquiera pudo suceder esta fábula, a menos que fuese un país exonerado de la raza humana.

En el cielo empalidecido teclan las últimas estrellas. Chirrían los alacranes, cantan los gallos... Las tapias del cementerio viejo, la cancela, el atrio, la procesión de los cipreses, el lucero, la luna... La Luna, con sus motores encendidos.

En la tapia hay una brecha, y al otro lado un olivar, que muy pronto será también cementerio. Por encima de la tapia se recorta la punta aguda de un ciprés. LA LUNA se acerca con un farol en la mano. A su paso van despejándose las incógnitas del miedo, y aparecen cosas sencillas y cosas sencillamente bellas. La Luna se detiene ante un bloque de nichos en construcción. En la primera celdilla de un tramo de aquel panal para muertos, se acuesta LIBERATA, la mendiga.

La obra está fresca. Liberata tose. Liberata se arrebujá en una frazada. Al pie del nicho, junto al atico, "Pirulí", el perro de Liberata. Liberata tose mucho. A Liberata se la tiene por loca, y nadie sabe de dónde ha venido. Hosca y lacónica, corre nomos y domos de puerta en puerta, alargándola mano huesuda.

La Luna se acerca al proscenio. Su túnica es blanca por delante y negra por detrás.

La Luna
Coro
La Luna
Coro
La Luna
Coro
La Luna
Coro
La Luna
Coro
La Luna
Coro
La Luna
Coro
La Luna

Un ciprés es un árbol, es un árbol,
Evidentemente.
Un perro no es un árbol, no es un árbol,
Evidentemente.
El perro y el ciprés son seres vivos,
Evidentemente.
Un nicho es una tumba, una celdilla,
Evidentemente.
La abeja humana obra sus panales Funerarios,
Evidentemente.
Liberata no es perro ni ciprés,
Evidentemente.
Sin embargo, tampoco es una muerta;
Porque, evidentemente,
Liberata respira, y hasta ronca,
Y siente en los barbechos de su piel
El implacable arar del anopluro

EL CIPRÉS se despega de la tapia y avanza al encuentro de la Luna.

El Ciprés lleva un capuchón y una túnica sin mangas, ambos de color verde oscuro, y el rostro a cureña rasa.

Antes de alzarse el telón suena un suave prelude a base de instru-

mentos primitivos, que se prolonga durante el recitado anterior. El Ciprés, al público:

- El Ciprés Es un honor para mí... No es mi fuerte expresarme en público. Véanme ustedes a la luz del farol de la Luna. Yo soy el alma de los cipreses, de la cual supongo habrán oído hablar. De otras cosas que se hayan dicho de nosotros, no hagan demasiado caso..., particularmente de las cosas más serias, pues éstas suelen resultar al cabo las más grotescas, cuando no las más falaces. – Y ahora tiene la palabra la señora Luna... ¿Señora o señorita?
- La Luna ¡Qué quieres que te diga! Soy soltera... Pero sería descabellado llamarme señorita, ¿no cree usted? ¿No crees tú? ¡Ten en cuenta mi edad! Aunque no ha faltado quien ha hecho su pacotilla diciéndome señorita al son de las maracas. Sin embargo tú puedes tutearme, como un nieto a su abuela.
- El Ciprés Te lo agradezco. También yo tendría que hablar de autores y pacotillas... ¿Sabes qué envidia de ti? La inexplorada lobreguez de tu reverso.
- La Luna ¡Mi sombra!
- El Ciprés Tu sombra, que nadie apetece ni nadie ha visto. – ¡Señores, la Luna tiene la palabra!
- La Luna Amables espectadores: Esta es la ocasión de hacer público mi agradecimiento al señor García Lorca, el cual no está presente. Nadie como él me puso en tan altos candeleros, aunque no todos pudieron ser de plata. Lo cierto es que, gracias a Federico, cuento con una regular experiencia escénica y digo mis papeles correctamente, sin azorarme... Treinta años, no obstante, me han cambiado más de lo que yo quisiera. Sí, en efecto... Ahora soy una Luna llena de heridas y vacía de ilusiones.
- El Ciprés Más propias que de Luna son de Ciprés tus palabras. Te comprendo, no es para menos. Yo también sé lo que es un impacto. Desde Mohamet el Turco, no ha habido soldado que dejara de meterme, por pura diversión, una bala entre las carnes.
- A través de la brecha de la cerca, entra al cementerio una silueta que renquea. La Luna le acerca su farol al rostro. Es CHÍO, el ayudante del sepulturero: muchacho de pequeña estatura, con una pierna seca a causa de la polio.*
- La Luna Buenos días, Chío..., aunque es la hora entreverada. En cualquier momento tiene un mortal que dar las gracias a cualquier circunstancia. El arco del destino lo forman dovelas de circunstancia. ¿Cómo hubieras tú, si no, podido entrar en este camposanto sin la llave de la cancela?
- Chío Así es, ciertamente. Esta tapia mellada me ha permitido entrar aquí. Pero, así como yo soy el ayudante del sepulturero, pudo haber entrado cualquier otro. ¡Ya ni los muertos pueden sentirse seguros!
- La Luna Relativamente.
- Chío Aunque todo esto carecería de importancia si yo pudiese ahora encender un pitillo.
- La Luna ¡Oh, Chío...! Reconozco el mérito que tiene el ir edificando un vicio sin material alguno. Alguien daría un pico por tu secreto. No obstante, te sugiero hagas picadura con la flor seca de alguna corona.
- Chío, que ha cruzado el cementerio, se acurruca cerca del atrio, junto a la garita donde el sepulturero guarda sus herramientas. La acristalada puerta de la garita.*

Entre las montañas pasa silbando un tren. El tren deja un palpito. La madrugada es un corazón.

- El Ciprés Ese tren no podría contarnos nada nuevo; pero mañana, en el desfiladero, no se hablará mas que del tren.
- La Luna Lo admiran porque es rimbombante y espectacular. Sin embargo solo tribulaciones han de agradecerle las montañas. Si yo fuese capitana del bosque, bajaría con mi ejército de pinos, por un lado y por otro del desfiladero, al encuentro del tren. Bien calculado, podría llevarse a cabo un plan de "tanatovías".
- El Ciprés Chío duerme, mientras este país se desangra. Chío es feliz porque no conoce sus limitaciones, o se ha identificado con ellas. Chío cojea, pero Come tres veces cada día. Chío duerme y deja de estar cojuelo.
- La Luna Chío es un muerto. Solo que los muertos no cojean.
- El Ciprés El camino de este cementerio es empinado, como debe ser todo camino ambicioso. Los muertos subidos a hombros hasta un cementerio de collado, nunca podrán ser olvidados.
- La Luna Es extraña esta tierra. Desde los tiempos heroicos, flagelada por las guerras, ni un momento dejó de cantar.
- El Ciprés En efecto...; aunque últimamente es de lamentar el oír respuestas con excesiva frecuencia. Un estado de saturación puede acabar con el culto a los muertos.
- La Luna Las guerras modernas acabarán con el culto a los muertos, ¿pues qué vale un muerto? ¿Te cuento la historia de mis muertos?
- El Ciprés Puedo pasar perfectamente sin ella. Pero si esto ha de empañar nuestra amistad, concédeme en último caso una moratoria. Pasado mañana me la cuentas.
- La Luna Este cementerio católico en un país fundamentalmente pagano, llena mi corazón de esperanza. Un día dormirán abrazadas todas las razas bajo una misma tierra y un mismo signo.
- El Ciprés Antes tendrán que dormir juntas, desnudas y llenas de vida bajo una misma sábana.
- La Luna Así será sin duda. En mi opinión, no es la del pigmento la más insalvable barrera, sino la de la buena convivencia. Se aman poco los hombres entre sí, aunque se asocien a una misma ideología. ¿Sabes qué es una ideología?
- El Ciprés Todo esto está lleno de ideología, y encima, yerba.
- La Luna Así es. Un ideal que declina es condenado. De nada le sirve cuanto hizo. "¡Error!", vociferan los verdugos, colgándole del cuello la soflama. Y todo va cambiando. Los errores de hoy no son los de ayer; pero en este instante está naciendo el gran error de mañana.
- Coro ¡Lástima de los que mueren por un error! ¡Pobres de los que creen estar en lo cierto!
- La Luna Decidme una verdad inmutable.
- Coro ¡La mentira!
- Un camión y un coche celular suben, con quejumbre de motores, la cuesta del collado. Se iluminan las puntas de los cipreses.*
- El Ciprés La luz de los coches militares cachea a mis hermanos hábilmente. ¡Que los coches se guarden! ¡Podemos matar de risa! ¿Conoces el censo de cipreses de esta isla? Ahogados por esos pinos "bañados de gloria", hubiéramos perecido los cipreses de no ser insenescentes, poco menos que inmortales. Al ciprés no se le ha hecho justicia, fuera de la tierra hispana, en la cual pasa el ciprés de ser botánica a ser teología.

La Luna Eso tengo entendido, que es allí un árbol con arraigadas creencias religiosas, y en los atardeceres, la largura de su sombra supera todo lo imaginable.

El Ciprés Estos dos conceptos, a decir verdad, son los que han enfriado un tanto mi entusiasmo por aquel país. Sé de algún otro nativo que cobra ciertos derechos por haber hablado de los cipreses.

La Luna No sé por qué razón no te complace. ¡Son incontables los poetas que hablaron de la luna!

El Ciprés ¿Y cobraron?

La Luna ¡Psch! Supongo que sí.

El Ciprés Es sublime para un árbol transmutarse en idea teológica. Es la distancia del gusano a la mariposa. Por esto mismo es tan desconsolador degenerar luego en materia crematística.

La Luna Olvídalo.
Los conos luminosos de los faros dejan de posarse en los cipreses, tientan las tapias, penetran a través de la cancela. Gruñe el perro de Liberata.

La Luna ¿Has visto alguna vez fosforecer en la noche los ojos de los lobos, del gato montés o de la gineta...? Pues bien, ahora suben colina arriba dos pares de ojos semejantes. Arrojan haces de luz.

El Ciprés ¿Y esos gruñidos roncós...

La Luna Son motores y no laringes..., si el ciprés no es duro de oído. Dos camiones se acercan.

El Ciprés Esta es una de las circunstancias en que tengo más razones para envidiarte. Solo desde el Sol podría superarse el panorama que alcanzan tus ojos; y tus oídos, desde aquellos silencios, podrían escuchar el latido de la más lejana estrella, así como el rosigo de la carcoma dentro de esas sepulturas.

La Luna ¡Cuántas cosas no quisiera haber visto ni oído! ¡Hombres, hombres...! ¡Si pudiera devoraros con mis cráteres! Porque entiendo que pronto romperéis mi paz...

El Ciprés Los cipreses de este calvario fueron plantados en el siglo XVIII por el maestro Tomaso de Cortona y algunos caballeros de su Orden, venidos expresamente desde Jerusalén. ¡Hubiérales visto cavar...!

La Luna ¿Y yo? ¿Quién plantó la Luna? ¿Quién la puso en órbita? He aquí que solo en la fe va implícita la respuesta. Lo cierto es que estoy muy sola. Los cipreses, en cambio, vivís en comunidad, igual que los frailes.
Ladra el perro de Liberata, ladra, ladra... El perro y la luna. El perro frente a la luna, frente al disco de la luna: ¡La luz! ¡La luz! ¡La luz...!

El Ciprés Nadie más soberano que el que está solo. Yo podría envidiarte la soledad, si ya no te envidiara tantas cosas. Pese a todo, estoy pagado con ser quien soy. Y sepas que no hay bosques de cipreses, sino un ciprés, y otro ciprés..., y así hasta el infinito. Por otra parte, son tan sanos los aires de esta comarca, que pueden verse, poco menos que inmortales, a nuestros primeros hermanos, aún robustos y saludables.
Ladra el perro de Liberata, ladra... ¡La luz! ¡La luz! ¡La luz...!

La Luna ¡Qué equivocados están los poetas! Ciertamente, los perros le ladran a la Luna. Pero si pasan camiones, ladran a los camiones, por descontado. Es un coche celular, que llega al cementerio...; y detrás, un camión. En el camión, soldados silenciosos: unos rubios y otros morenos de lanuda pasa. El esqueleto humano no tiene colores.

El Ciprés La discriminación racial es un modo cualquiera de entretener los ocios de la paz. ¡Cómo tomarla en serio! Pero ya los camiones giran en la plazoleta, rotonda., ágora y capítulo de mi orden. Se detienen delante del atrio. ¡Esto me huele mal! Nunca el hombre amparado en la nocturnidad hizo nada bueno.

La Luna Los poetas que han hablado de mí, a menudo con tanto desatino, han acertado, sin embargo, adivinándome la melancolía, que es esta sombra que llevo a mis espaldas.

Coro ¡Melancolía, sombra del alma!
Sigue ladrando el perro de Liberata. Liberata se incorpora en el angosto nicho inacabado. Liberata llama a su perro. El perro acude. Liberata le impone silencio. Liberata aguza el oído.

El Ciprés ¡Sombra del alma! ¿Y yo que te estaba envidiando esa sombra! Sin sombras, no concebía yo la belleza aquí en la tierra. Tendré que hacerme a la idea de que no hay luz que no se apague, ni sombra que deje de serlo un día. ¡Ah! Una última palabra respecto a la discriminación: Aíslen a dos jóvenes de distinta piel, y ellos resolverán sencillamente el problema.
Liberata sale del nicho, se desentumece, se rasca, bosteza... Liberata ve a los soldados y se acerca a observarlos desde la cancela. Liberata reprime su tos. "Pirulí" regruñe sordamente. Al otro lado, por el camino del olivar, junto a la tapia, pasan un HOMBRE y un NIÑO. El hombre lleva un balancín cargado de anguilas y otro pescado fresco. En la brecha se recortan sus siluetas en la claridad de la madrugada enlunecida.

El Niño Padre, ¿por qué pasamos por este camino? Yo le tengo miedo a este camino.

El Hombre El miedo llega a los poros desde la imaginación. Bueno..., también llega desde fuera.

El Niño ¿Desde fuera...? ¿De qué sitio, padre?

El Hombre No sé..., ¡de cualquier sitio! ¡De ahí mismo!

El Niño De donde yo decía, padre.

El Hombre Sí..., a veces.

El Niño ¿Eso que sale de la tierra son los brazos de los muertos?

El Hombre Son las cruces de los fieles difuntos. Persígnate. In nomine Patris, et Filii...

El Niño Padre...

El Hombre Calla y reza.

El Niño Padre... ¿los cipreses son fantasmas?

El Ciprés Malo es comenzar a conocer las cosas tomando miedo. Mira, hijo..., cuando veas un ciprés piensa que es el capucho de un payaso. ¡Un capucho de payaso! Las damas castellanas de la Edad Media, nunca se permitieron bromear con la generatriz del cono. Pero en estos tiempos que corremos ya nada se receta... La religión y la muerte Son hoy dos temas de humor. ¡Un ciprés...! ¡Cualquier cosa era! ¿A qué ha venido a parar aquel prestigio que llegó a nosotros cabalgando siglos desde el Tirreno al Mar Muerto? Creo conocer la razón. Por causa de las carnavaladas, los circos y el Ku-Klux-Klan, mi dignidad está quedando malparada... ¡Muy malparada!

La Luna No sé qué va a ser de nosotros cualquier día. Por lo que a mí respecta, aunque nada tengo contra el Ku-Klux-Klan, he de agradecer sin embargo muchos sinsabores al carnaval y a los circos. ¡Esas farinadas

de Pierrots...! ¡Y esas caras mofletudas! ¡Y esos culos...! ¡Sobre todo, los culos!

El Ciprés El encanto de las cosas se frustra tan pronto son tocadas por manos humanas.
El hombre y el niño han acabado de rogar por los muertos. Las anguilas, al sereno de la madrugada, culebrean en el fondo del capacete. El niño señala un socavón, al otro lado de la tapia, fuera del cementerio, en el añoso olivar.

El Niño Padre... ¿para qué han cavado esta zanja? ¿Es una trinchera?
El Hombre Caminemos
El Niño ¿Es una trinchera?
El Ciprés Ya ves, Pappadomo, cómo de ayer a hoy, en la lengua de un niño, cambiaron de significado las palabras. Ayer, zanja era cimienta o sepultura. Para un niño de hoy, es una trinchera. Pero, en general, como el niño de ayer, así el de hoy puede gozar en lo vulgar y en lo espantoso el paraíso de la fascinación.

El Niño Dime..., ¿es una trinchera?
El Hombre Algo así... Es una... ¡Toma, para que no lo olvides!... Es una sepultura.
—El hombre da al niño una cachetada. Es costumbre en algunos lugares no desarrollados que un adulto abofetee a un niño en presencia de una cárcel, un patíbulo o una picota, con el objeto de inculcarle el horror por estos sitios donde se purgan delitos. Por eso el Niño no se duele. Sin embargo es muy pequeño aún para que la conciencia predomine sobre la fantasía.

El Niño ¿Van a enterrar a un hombre malo?
El Hombre Camina...
El Niño Padre, ¿también es cementerio el olivar?
El Hombre Camina y no preguntes.
El Niño ¡Qué sepultura tan grande, padre! ¡Servirá para King-Kong!
El Hombre Y aún sobraría.
El Niño ¿Es que... van a matar a King-Kong?
El Hombre ¿Cómo puede un niño de estos días pensar que existe King-Kong, aquel grotesco mono, o Gotzilla, o cualquier otro monstruo del cine japonés?

El Niño Van a matarlo, van a matarlo.
El Hombre Vuelve acá, briboncete... No te arrimes a esa zanja... ¡Ven!
El Niño Padre, por allá vienen soldados.
El Hombre ¡Corramos, corramos...!
El Niño ¡No, padre...! ¡Yo quiero ver cómo lo matan!
El Hombre ¡De prisa...! ¡Nos van a ver!
El Niño Yo quiero quedarme. Yo quiero ser soldado. Yo quiero ser capitán... Yo quiero... ¡Capitáaan...!
El hombre le tapa la boca al niño. El niño no comprende por qué le tapan la boca. Al hombre le están temblando las articulaciones. Las anguila, todo cintura, se cimbrean en su capacete.

El Hombre ¡Calla, maldito, calla...! Nos van a oír, nos van a seguir, nos van a coger...
El Niño ¿Son malos?
El Hombre Son militares. Les han dicho: "Haced esto", y ellos lo harán.
El Niño ¿Y qué les han dicho?
El Hombre ¡Qué sé yo! ¡Más deprisa! ¡Vamos, vamos...
Una voz angustiada ¡Yo no quiero que me maten!
El Niño ¿Sientes, padre? ¡Es King-Kong! No quiere que lo maten.

El Hombre ¡Corre! ¡Corre...!
El hombre toma al niño de la mano y desaparece, camino de la villa, cabeza del domo, en busca del mercado. La mendiga Liberata abandona la cancela, vuelve hasta su hatico y se acurruca con "Pirulí" entre los brazos.

El Ciprés El pelotón se acerca. ¿Oyes su trapaleo? Los condenados no llevan botas, se muere mejor. Ninguno de esos rebeldes podrá quejarse de su suerte. ¿Ves? Los hay de toda ralea y condición; idealistas y mercenarios... Algunos de ellos van a salir ganando con su muerte. Siete hurís por barba en la otra vida compensan a cualquier mahometano de perder la terrena. En cuanto a los patriotas...

La Luna ¿Los de qué bando? Porque todos se dicen patriotas.
El Ciprés Quizá se pelean por eso. Me refería a los que han perdido..., a esos idealistas. Ellos, ¿podían esperar mayor dignidad que morir por un ideal? En esas condiciones jamás daría yo muerte a un enemigo mío, pues más que acabar con él, darle muerte supone darle eternidad, cosa que para mí quisiera yo.

La Luna Es imperdonable tu sarcasmo, cuando estos hombres están ya a las puertas de la muerte. Por lo demás, bien sabes que ellos van a morir precisamente por haber dejado de creer en aquello que sus padres creyeron. Está comprobado que nunca nuestros mayores dejaron de estar en lo cierto. ¿Qué debe ser un hombre sino aquello que le enseñaron a ser?

El Ciprés ¡Hum!
La Luna ¿Podrías tú ser otra cosa que ciprés? ¡Bien! ¿Qué espera el ateo en la otra vida? ¿Y a los equivocados? ¿Y a los "taxi-gun", aquellos que alquilan su facultad de matar sin remordimiento? ¿Qué les espera? Sus almas emponzoñarán el Más Allá, así como su presencia física ha emponzoñado al país. Opino que el bien de la patria solo deben gozarlo los verdaderos patriotas, los herederos de sus tradiciones, los que están dispuestos a morir por ellas...

El Ciprés ¿Patriota es un señor que lleva sable?
La Luna ¡Sable... o narices!
El Ciprés Creo que tan pronto ponga usted una llave inglesa en la mano de un hombre, el concepto cambia y la frontera se diluye. Esto sería el progreso, incuestionablemente.

La Luna Este progreso solo el sable lo garantiza.
El Ciprés ¿Es que no podemos dar un paso sin tropezar en el sable?
La Luna Dejemos esta cuestión, ¿quieres? En verdad debemos congratularnos de que todo ocurra en este subdesarrollado y arcaico complejo insular.
*Sobre la cordillera litoral se aclara el horizonte. La brisa del mar llega desde el otro lado. Ladran lejanos perros, cantan lejanos gallos. Liberata reprime su tos en el embozo. "Pirulí" gruñe. Por la parte exterior del cementerio, doblando la esquina de la cerca, se oyen venir los pasos del pelotón. En escena se inmovilizan los personajes. El puño de Liberata aprieta el hocico de su perro.
Silencio. Todo lo llena el pisar del pelotón. Dice luego el Ciprés:*

El Ciprés Somos una empanadilla entre dos luces: la de la noche y la del día. El lucero está quieto sobre la montaña... Pero un lucero distante no es una luz, sino un punto. Luna, tú que tienes un farol, a fe de patriota, deberás prestarlo a los soldados..., so pena de que te empapelen.

La Luna ¡Empapelada! ¿Será verdad? No, no es deseable ser empapelada.

¿Qué es una luna empapelada sino un farolillo de verbena? ¡Ay! ¡Si yo pudiera desertar ahora del firmamento...! Es propio que aquel que posee un bien único y raro, lo conserve, ocultándolo. ¡Ojalá yo pudiera hacerlo en esta ocasión, ya que debo alumbrar lo que no quisiera!

Voz del oficial
El Ciprés ¡Al... to!

¡Hasta los mochuelos de este olivar, huyen maullando de espanto! Es razonable que un ciprés, que posee una estatura privilegiada, saque partido de las ventajas que Dios le dio. Pero yo te aseguro, Luna, que en este momento quisiera enrollarme como un matasuegras, ya que voy a ver lo que no quisiera ver.

Entra por la brecha un oficial de piel morena y orejas chiquitas, seguido de un cabo, El oficial, pistola y sable al cinto. El cabo, fusil terciado y machete en vaina. El oficial, visera hasta los ojos y guantes en la diestra. El cabo, boina juguetona, cara de mala leche. Liberata reprime el aliento. Laten los pistones del corazón de la madrugada en el silencio del camposanto.

El Cabo ¡Conserje!

La Luna ¿Conserje? El demo¹ es pobre y sus presupuestos no alcanzan a sufragar ese lujo. Di sepulturero y acaso obtengas respuesta

El Cabo ¡Sepulturero!

La Luna Sepulturero. No es este, evidentemente, el más feliz de los vocablos. Encierra, además, un repelente concepto.

El Cabo ¡Sepulturero!

La Luna A causa de ello, si un sepulturero se casa, suelen luego sus hijos avergonzarse de su linaje, especialmente las mozas... Todas las profesiones son igualmente digna, pero no igualmente respetadas. Una profesión nauseabunda podrá ser útil y respetable; pero a ese nivel no establecería yo una democracia. ¿Tomaría usted una empanadilla de manos de un sepulturero?

El cabo se adelanta, sendereando entre las sepulturas. Trata de ver al sepulturero y espera encontrárselo detrás de cada panteón, fumando entre un corrillo de esqueletos. El oficial enciende un largo cigarrillo turco y espera, con un pie delante de otro y el puño en el de la espada, como aquel bizarro capitán Martínez de la leyenda de Zorrilla.

El Cabo ¡Sepulturero! ¡Sepulturero...!

El Ciprés Con la quietud y el fresquito del amanecer, al muchacho le ha sobrevenido un dulce sueñecito, que este cabo le va ciscar. No hay cabo bueno al rayar el día.

El Cabo ¡Sepultureroooo...! ¡Te empaquetaré si te encuentro!

La Luna ¿De qué te ríes? ¿Del cabo o del sepulturero?

El Ciprés Me río de la sandez humana, esta sandez con el prurito de rebautizar las cosas, alejándolas de la comprensión popular. ¿O será que ha quedado anticuado? Un estadio es un complejo deportivo; una fábrica, un complejo industrial. Hace pocos días oí en alguna parte llamar complejo parroquial a cierta iglesia bien organizada. ¿Qué se puede esperar ya sino que a todo esto se le designe a no tardar con el nombre de “complejo sepulcral”, o algo por el estilo? ¿Ves la dulce

¹ Si bien la RAE reserva esta grafía como acortamiento de la palabra inglesa “demonstration”, conviene no olvidar que nuestro autor en este pasaje la refiere a su origen griego, con significado de pueblo.

sonrisa de Chío dormido? ¡Sueña grandezas, tan chico como es!

La Luna Tal vez en fosas muy anchas y muy profundas, ¿verdad? ¡Je! ¿Y a los sepultureros? ¿Con qué neologismo se le designará?

El Cabo ¡Enterrador!

El cabo se aproxima a la garita, vociferando. Chío duerme y la brisa le seca la baba y le mueve la greña. El oficial se acerca arrastrando su sable.

El Cabo ¡Conque estabas ahí, tan pancho!

Chío ¿Es usted, cabo?

El Cabo ¡Mi cabo!

Chío Perdón, mi cabo... ¿Conque es usted...?

El Cabo ¿Pues quién, si no? ¡Te cogí dormido!

Chío Yo no quería...

El Cabo ¿Y qué si yo te pegase ahora una patada en los riñones?

Chío ¡No, mi cabo...! Yo no...

El Cabo ¡Silencio, calamidad!

Chío Pero...

El Cabo ¡Calla o te empapeló!

El Ciprés a la Luna ¿Ves?

El Cabo ¡Te meto un paquete como no se ha visto! ¡Y cuádrese delante de un cabo!

Chío se apresura a cuadrarse, pero su pierna seca no le permite sacar bizarro partido de este movimiento. Cada vez que lo intenta, se troncha del remo flaco. El oficial, como ajeno a este incidente, pasea su mirada por encima de las sepulturas, no por desdén a los muertos de una tierra que no es la suya, sino más bien obligado por la excesiva caída de la visera.

El Cabo ¡Ni cuadrarse sabe! ¿Olvida que estamos en estado de guerra?

Chío Yo, señor cabo, sólo soy el humilde ayudante del sepulturero.

El Cabo ¿Y dónde se ha metido el titular? Era su obligación estar aquí en estos momentos. Y tú esfúmate mientras duren las ejecuciones. Es malo ser testigo de estas cosas.

Chío Sí, señor cabo.

El Cabo En cuanto al jefe tuyo, ya le ajustaremos las cuentas.

Chío Sí, señor... Pero él está al llegar. ¿Voy a ver...

El Cabo Tú, quieto, aquí, y guárdate de mover una pestaña... ¡Muévete y te empapeló! ¡Hum! Cuando todo esto acabe y nos hayamos marchado, sepultáis los cuerpos.

Chío Sí, señor.

El Cabo Tengo entendido que hay teléfono. ¿Dónde está?

Chío En la garita, señor cabo...; pero está cerrada. La llave la tiene Foias, el sepulturero.

El Cabo ¿El sepulturero? ¡Me caso en su padre! ¡Pero yo abro a culetazos..., maldita sea su estampa! ¡A ese me lo cargo yo!

El cabo rompe de varios culetazos los cristales de la puerta de la garita; luego limpia los engastes de toda astilla, e invita, cortés, a que pase su teniente. El teniente pasa y mantiene una conversación telefónica.

El Cabo al Teniente Señor...

Chío El viejo me reñirá. Me hará pagar los cristales.

El Cabo ¿Para qué cierra el muy bellaco? ¿Acaso esconde ahí las alhajas y dientes de oro que roba a los muertos?

Chío Yo no sé, señor... El llegará de un momento a otro, y ya que no con usted, que representa al ejército vencedor, tratará de desfogar conmigo su mal humor..., pues todo lo paga mangarrajos.
El teniente sale de la garita encendiendo otro cigarrillo turco. La colilla del anterior arde aún a los pies de Chío. A Chío se le derriten los labios.

El Cabo ¡Lo dicho! ¡Ni una pestaña!

Chío Sí señor.

El Cabo Por lo contrario, atente a las consecuencias.

Chío Sí, mi cabo... ¡Sí, señor...! ¡Sí, s...

El Cabo ¿Pero no tiembles! ¿O acaso no eres un patriota? No me extrañaría. ¡No me repliques! Este es un acto de servicio; conque... ¡sobran los nervios!

Chío Sí, señor cabo...
El cabo se aleja precedido por el oficial. Las dos siluetas desaparecen por la brecha. Chío se ha minimizado hasta el nivel de las hormigas. El Ciprés y la Luna han seguido hasta la tapia al teniente y al cabo.

El Ciprés Al menos hay un cabo del ejército que está de enhorabuena. ¡Sí, señor cabo! Todo el respeto y temor que no has podido granjearte entre la tropa, lo acabas de obtener en un infeliz ayudante de sepulturero. Propongo una recluta de éstos, a todas luces sumisos y respetuosos, y tú al frente, señor cabo. Serías como un coronel.

La Luna He estado meditando y, en efecto, para esta macabra profesión de sepultar cuerpos, habrá que pensar en designaciones más en consonancia a los tiempos que corremos.
Chío se la ovillado en un rincón como una cochinilla. No mueve una sola pestaña, pero arriba parpadean las últimas estrellas. De la zanja del olivar, al otro lado de la tapia, viene un rumor de palabras apagadas y confusas. De pronto, la voz del teniente, aguda, con acento foráneo.

Voz del teniente ¡Preparen!

Liberata No gruñas, "Pirulí" ... Si vuelves a gruñir te haré un bozal con mi puño. Y si llegases a ladrar...

Coro Lo propio en un can es que ladre a lo feo y extraño. ¡Ojalá pudieras espantar con tus ladridos a todo esto que alumbra la Luna y contempla el Ciprés!

Liberata Volvamos a nuestro agujero. Esta es una de las contadas ocasiones en que una criatura humana envidia al gusano. ¿Callarás, "Pirulí"? Toma ejemplo de Chío. El miedo es bueno, porque nos guarda de peores males. ¡Chiss...!

Voz del Teniente ¡A... punten!

Voz de los Reos ¡Viva Esto! – ¡Madre! – ¡Viva lo Otro! – ¡Hijos míos! – ¡Venganza! – ¡No me maten!

Voz del teniente ¡Fuego!
Suena la descarga. Ayes, sorda caída de cuerpos humanos. Se hace un silencio de palabras. Ruido de armas y guarnicionería. Nuevamente palabras confusas y apagadas. Corre el viento matinal de árbol en árbol, desde la raya del mar hasta el perfil de las montañas.
Los malos están muriendo. Los malos suelen ser los vencidos, pues

el oficial ha ordenado se les fusile de cuatro en cuatro. Los condenados son doce.

La Luna ¿Por qué no les da ahora el tiro de gracia?

El Ciprés Obvia pregunta. Al final dará doce tiros de gracia, y sanseacabó.

La Luna El cuerpo de uno de esos cuatro ajusticiados, acaba de rodar hasta el fondo de la zanja.

El Ciprés

Voz del teniente ¡Preparen!

Ruido de armas... La Luna se tapa los ojos y vuelve la cabeza.

La Luna ¿Sabes lo que voy a hacer? ¡Esconderme! Como ya tienes formado concepto de mí, esto no podría modificarlo. Por lo general soy una sentimental, y a veces caigo en el miraguano de la sensiblería. Pero esta vez no es así. ¡No quiero ver más horrores, ni colaborar en ellos!

El Ciprés ¿Crees que sin tu luz van a fallar en los blancos? Les basta con la claridad de la aurora. ¿Te has parado a considerar los riesgos a que sometes la verdad con dejarme solo? Así podré contar, al correr de los años, que he visto a los pájaros detenerse en el cañón de los fusiles. Será una poética mentira, un embuste legendario que me compense el sinsabor de haber permanecido aquí. Soy el alma de los cipreses, y aunque no quisiera contemplar este espectáculo, no puedo desertar, porque soy los ojos y los oídos de toda mi especie.

Voz del Teniente ¡A... punten!

La luna apaga su farol y corre las cortinas.

(Continuará)

¿quién juzga a
un vencedor?